

***Filosofía en la juventud y en la Universidad***  
Dos lecciones de Schelling (Philosophie der Offenbarung)

LECCIÓN I. EL CONCEPTO DE FILOSOFÍA

*La filosofía como la ciencia más digna de ser apetecida.*- No parecerá fuera de lugar el hecho de que yo prelude las consideraciones que sobre el objeto especial de esta lección quisiera hacer, con algunas palabras generales acerca de la filosofía misma. Probablemente ninguno de *ustedes* ha venido aquí sin alguna idea o al menos sin algún presentimiento sobre la filosofía.

*Aquí* –dirá seguramente el principiante– aquí se me deben responder las preguntas, para las cuales no hay respuesta alguna en todas las demás ciencias y que, tarde o temprano, pero inevitablemente, inquietan a todo espíritu honrado; aquí debe ser descorrido el velo que hasta ahora me ha ocultado no objetos singulares, pero sí ese *todo* mismo del cual me siento como un miembro y que, cuanto más trataba yo de saber sobre lo particular, tanto más incomprensible se me ha convertido. Aquí, incontestablemente, deben adquirirse las grandes convicciones que mantienen en pie la conciencia humana y sin las cuales la vida carece de objeto y queda, por tanto, privada de toda dignidad y consistencia.

Todas las ciencias de las que hasta ahora me he ocupado se apoyan en presupuestos que en ellas mismas no son justificados.

*Preguntas radicales: ¿Por qué existe algo en absoluto? ¿Por qué no es la nada?.*- La naturaleza entera se fatiga y está empeñada en un trabajo incesante. Por su parte, tampoco el hombre reposa. Como un viejo libro dice, no hay nada bajo el sol que no esté cargado de fatiga y de trabajo, y no se entrevé que algo que se intenta realmente sea conseguido del todo, es decir, algo en que uno pueda permanecer plenamente satisfecho. Una generación desaparece y le sigue otra, la cual a su vez desaparece también. En vano esperamos que ocurra algo nuevo en que nuestra inquietud encuentre finalmente su meta final. Todo lo que ocurre solamente acontece para que de nuevo pueda ocurrir otra cosa, la cual, a su vez, caminando hacia otra, se convierte inmediatamente en pasado. En el fondo, pues, parece acontecer todo en vano y en toda acción, en toda

fatiga y trabajo del hombre no hay más que vanidad: *todo* es vano, porque es vano todo lo que no tiene un verdadero fin. Lejos, por tanto, de ser el hombre y su obrar lo que hace comprensible el mundo. El hombre mismo es el ser más incomprensible; y me constriñe inevitablemente a convencerme de la infelicidad de todos los seres, convicción expresada desde los tiempos más antiguos hasta nuestros días por tantas voces dolorosas. Precisamente él, el hombre, me empuja a la suprema pregunta llena de desesperación: ¿por qué realmente existe algo?, ¿por qué no es la nada?

Que ahora exista una ciencia capaz de responder a estas preguntas y nos arranque de la desesperación es indudablemente una aspiración urgente, más aún necesaria, aspiración no de este o aquel individuo, sino de la naturaleza humana misma. ¿Y qué otra ciencia debería ser capaz de dar tal respuesta, <sup>[8]</sup> sino la filosofía? Pues todas las demás ciencias que los hombres conocen y que ellos han cultivado o inventado tienen cada una su tarea precisa y ninguna da respuesta a esta pregunta suprema y universal. No habría, pues, acerca de ello duda alguna: la filosofía es la ciencia en sí misma y en todo tiempo más digna de interés, porque por medio de ella todo otro saber alcanza su cumbre suprema y su mayor consistencia.

Si yo no soy capaz de responder a aquella pregunta última, entonces todo lo demás cae para mí en el abismo de un nada sin fondo. Esta pregunta no ha surgido únicamente ahora en nuestro tiempo por primera vez; y la necesidad de la filosofía tampoco es sólo de hoy.

*Los tiempos actuales, la conciencia de la verdad y el sentido del progreso.*- No solo bajo los plátanos del Iliso, también bajo palmeras y a lo largo del Ganges y del Nilo han caminado espíritus filosóficos, aunque de allí ninguna palabra clara y decisiva nos haya llegado, a lo sumo voces confusas. Pero ya los filósofos griegos, desde los más antiguos hasta los más recientes, Pitágoras como Platón, conocieron preguntas por las que creyeron valía la pena ir hasta los confines de la tierra conocida para obtener respuestas; así como Sócrates moribundo urgía a sus discípulos a ir a preguntar sobre la sabiduría incluso entre los bárbaros. ¡Y cuántos siglos y qué llenos de rico contenido han transcurrido desde entonces para el espíritu humano! El oriente y el occidente, primero a través del cristianismo transplantado a Europa y luego, en tiempos más recientes, por medio de lazos mundiales ilimitadamente ensanchados, no solamente

han logrado entrar en contacto, sino que se han visto casi obligados a compenetrarse en una míma conciencia, una conciencia que sólo ya por esta razón debía ser ensanchada a conciencia mundial!

Por temor a destruir el cómodo estado de cosas se evita ir a las raíces de las cosas o decir abiertamente que las fuerzas morales y espirituales – por las que el mundo, aunque sea sólo de modo rutinario, ha seguido manteniéndose en pie– han sido ya hace tiempo enterradas por el progreso de la ciencia. Una tal situación puede a menudo durar un tiempo increíblemente largo, tal vez precisamente por el hecho de que la inconsistencia de la fe anterior (según los conceptos precedentes) es *tan* evidente, que los espíritus más fuertes no creen que valga la pena ponerlo al descubierto y abandonan a las cabezas más débiles, incapaces de crear cualquier cosa, la tarea de manifestar claramente lo que ya no era misterio desde hacía tiempo para los buscadores profundos, a saber, que para estas verdades consideradas como intocables no es ya posible encontrar un puesto en la conciencia del tiempo actual.

Las bellas y felices ilusiones de un tiempo pasado desaparecen ante la verdad inexorable. Verdad, *pura* verdad es lo que el hombre exige y lo que sólo ansía en todas las situaciones y estructuras de la vida; y solamente alegría puede causar si llega un tiempo nuevo en el que abiertamente se declara la guerra a toda mentira y engaño, en el que se establece como principio básico que la verdad debe ser pretendida a *cualquier* precio por doloroso que sea. Cuanto más evidentes aparecen la discordia, las divisiones, el desenlace de síntomas amenazadores para nuestro tiempo, tanto más seguramente el hombre verdaderamente preparado puede reconocer en todo ello el pronóstico de una creación nueva, de una gran regeneración sólida, que no era de ningún modo posible sin dolorosos lamentos y a la que debía preceder la destrucción de todo lo que se había podrido y era ya dañino y ruinoso.

Pero esta lucha debe tener un término, porque no puede darse, como muchos piensan, un progreso indefinido, es decir sin meta, término y sentido. La humanidad no va adelante indefinidamente, sino que *tiene* una meta. Por lo que es preciso esperar un cierto punto en el que el esfuerzo por saber *encuentre* su meta tan largamente buscada, donde la inquietud muchas veces milenaria del espíritu humano alcance su paz, donde el hombre finalmente llegue a ser el dueño del órgano específico de sus conocimientos y de su saber, donde sobre todas las regiones del saber humano, que hasta ahora están divididas y se excluyen las unas a

las otras, el espíritu de reconciliación universal se extienda como un bálsamo capaz de curar todas las heridas que <sup>[11]</sup> el espíritu humano se ha hecho a sí mismo en su lucha apasionada por la luz y la verdad, heridas por las que nuestro tiempo en parte todavía está sangrando.

Puede ser que, favorecido por circunstancias casuales, se haya impuesto en el pasado por largo tiempo un modo de filosofar que ha podido ocasionar en algunos hombres sinceros una cierta aversión contra la filosofía. Probablemente deriva de tal tiempo toda una clase de sabios respetables que creen poder pasar sin ninguna filosofía y abiertamente lo pregonan. Pero en estos caso, a menos que no añadan como compensación del mero saber histórico una sensibilidad clásica-antigua, se nota bien pronto el defecto de una formación más profunda. Pero si yo veo en la filosofía el medio de salvación para la ruina de nuestro tiempo, no pretendo con ello, naturalmente, una filosofía enclenque, ni un mero artefacto, sino que quiero expresar *una filosofía fuerte, una filosofía tal que sea capaz de confrontarse con la vida y que, lejos de sentirse impotente ante la vida y su realidad prodigiosa y lejos de ocuparse del triste servilismo de meras negaciones y destrucciones, saque de la realidad misma su fuerza y por lo tanto produzca a su vez algo operante y consistente.*

*Necesidad de la filosofía, insustituible por la poesía.*- Es fácil sin embargo que alguien diga: ninguna ciencia y por tanto tampoco la filosofía tiene poder para armonizar de nuevo las estridencias hirientes de este nuestro tiempo ¿No habría que esperar más bien de la *poesía* la salvación y la recomposición de nuestro tiempo? Pero la historia nos demuestra palmariamente que un tiempo feliz, pacificado por sí mismo y satisfecho, es el que por sí mismo se expresa manando de la poesía, que al mismo tiempo la poesía es el producto natural de un tal tiempo de paz y respeto a todos sus intereses esenciales. Pero <sup>[12]</sup> la historia nunca nos muestra el ejemplo de que una época profundamente desgarrada y falta de toda confianza y seguridad en sí misma haya podido ser curada o rehecha, por medio de la poesía. El misterio es para los felices, dice Schiller. Podría bien decirse que la poesía es también para los felices. Pero ¿dónde están estos felices en un tiempo que con su pasado y su presente se derrumba y que no sabe encontrar el camino hacia otro tiempo, hacia un verdadero futuro? Si en un tiempo así existe realmente un verdadero poeta, será alguien que, como lord Byron, sepa aunar en su

espíritu todo lo inarmónico de su tiempo y enracimarlo en un gran todo artístico, pero extremadamente subjetivo. Los espíritus más modestos se verán obligados a afrontar lo materialmente horrible, incluso lo repugnante, para que la poesía parezca ser algo ante la realidad.

Realmente la filosofía ha penetrado tan profundamente en todos los recovecos del tiempo y de la literatura y, en concreto, ha desarrollado una relación tan profunda e íntima con la poesía, que en adelante ambas pueden tener sólo un mismo destino; y así como antes la poesía precedió a la filosofía, teniendo en relación a ella, particularmente en Goethe, una relación profética, ahora la filosofía que renace está destinada a hacer brotar una nueva época para la poesía; y ello ya en cuanto que la filosofía restituye a la poesía como fundamentos necesarios los grandes objetos en los que nuestra época había perdido su fe, puesto que antes ya había perdido la posibilidad de comprenderlos. <sup>[13]</sup>

*El problema del cambio de sistemas filosóficos.*- Ahora bien, un verdadero maestro de la filosofía no ha de aguardar a recoger las objeciones de otros contra la eficacia que espera de ella, sino que es su propio deber, si ha indicado los aspectos sublimes de la filosofía, mostrar también el lado oscuro y decepcionante de la misma, para que nadie se engañe. Materia suficiente para consideraciones melancólicas sobre la filosofía nos la da ya una mirada a lo que hasta ahora ha sido su propia historia: y consiste en la circunstancia misma de que hasta ahora ningún modo de filosofar o, como ahora se dice, ningún sistema filosófico ha podido imponerse y mantenerse con largo alcance. Afirmo que es deber del maestro decir que hay un aspecto de la filosofía que *asusta* más que atrae.

Pues quien considere cuántos han naufragado en este mar lleno de escollos; cómo algunos desprovistos de verdadera vocación para la filosofía han destrozado el meollo de su vida en un esfuerzo inútil y equivocado y han vaciado su propio interior; quien además, dejando incluso de lado los templos de la sabiduría de escuelas filosóficas de otros tiempos que han quedado desiertos, camine entre dispersas lápidas fúnebres de sistemas pasados

Esta variedad, este cambio de sistemas que no son solamente diferentes, sino opuestos entre sí, es un fenómeno que en todo caso descubre la naturaleza del todo particular de la filosofía. Ahora bien, si no queremos renunciar a reconocer plenamente este carácter especial,

hemos de tomar en seria consideración este fenómeno y, si es posible, comprenderlo a partir de la naturaleza de la filosofía misma.

*Las filosofías y el filosofar auténtico.*- No puede uno dejar de lado el hecho de tal variedad de sistemas filosóficos, diciendo que toda filosofía al fin y al cabo siempre es filosofía, como toda especie de fruta es fruta; pues ¿no resultaría extraño rechazar un racimo de uva u otra especie de fruta porque alguien desea solo fruta, no esta fruta? Yo no creo que la objeción que brota contra la filosofía desde la observación de la variedad de sistemas filosóficos se pueda esquivar sólo con esta especie de comparación. Ante todo, no está claro que uno que desea fruta deba aceptar todo tipo de fruta; puesto que si alguien bajo esta denominación le pone delante peras salvajes comestibles solamente después de cocidas, tendría aquél razón para decir que esto no es fruta, mientras que él había pedido fruta, es decir algo que fuese realmente apetecible. Del mismo modo un sediento que pide agua no está por ello obligado a aceptar agua fuerte; puesto que él había pedido algo bebible, no algo solo física y mecánicamente bebible, sino algo aceptable como bebible por su gusto, algo *potable*.

En segundo lugar no es cierto que aspiremos simplemente a la filosofía *genéricamente*. Podría darse esto tal vez en la mente de aquellos padres o tutores que recomiendan a quienes están bajo su tutela escuchar en la universidad también algo de filosofía, una cualquiera, ya que ello es parte de la educación necesaria o porque además así <sup>[16]</sup> podrán adquirir una cierta práctica en saber argumentar lógica y dialécticamente o, como suele a veces decirse, para estructurar con un cierto orden la cabeza. Realmente todos quieren saber algo de filosofía y algunos que se dan aires de despreciar la filosofía y no les sabría malo si alguien les dijera que no saben componer una marcha o hacer versos latinos, se sentirían sin embargo profundamente ofendidos si alguien les dice que tienen una cabeza no filosófica.

Pero precisamente *si* alguien dijera que él no quiere o no piensa proponer filosofía genéricamente, sino *la* filosofía auténtica, la filosofía que realmente *es* tal y que por tanto perdura, seguramente ese tal sería el primero en estar dispuesto a rendir justicia a los desarrollos anteriores, todos los cuales deben encontrar su meta en la filosofía verdadera. Este será quien sienta mayor miedo precisamente a levantar la sospecha de que pretende que sus oyentes se dejen cultivar únicamente por un solo

sistema y que permanezcan en la ignorancia respecto a los demás puntos de vista fuera de aquello, a lo sumo, que sean informados de tales puntos de vista diferentes sólo parcial y tendenciosamente. Nada sublevaría tanto a un espíritu joven y apasionado por la verdad como la intención de su propio maestro de querer cultivar a sus oyentes únicamente para un único y especial sistema y de arrebatarles la libertad de la búsqueda a base de embaucarlos. Por ello yo he hecho preceder a todas mis anteriores exposiciones sobre filosofía un estudio del desarrollo genético de los sistemas filosóficos desde Descartes hasta los tiempos recientes y desde entonces se han propuesto y escrito muchos estudios similares de este tipo. Es una pena, sin embargo, que en muchos de ellos haya prevalecido el espíritu parcial demasiado evidentemente. Desgraciadamente en muchos ambientes la filosofía poco a poco se ha ido convirtiendo en asunto partidista y, en ese caso, ya ni interesa la verdad misma, sino la defensa de una opinión.<sup>1</sup>

## Lección II. FILOSOFÍA Y LIBERTAD]

### *Dificultad, claridad y oscuridad en filosofía*

Quiero todavía hacer algunas indicaciones generales sobre el modo de escuchar las disertaciones filosóficas. Nada es tan corriente, a propósito de disertaciones filosóficas, como oír a muchos lamentarse de su ininteligibilidad u oscuridad. Se es injusto con más de un maestro, cuando se imaginan que la culpa está en su incapacidad personal de expresarse claramente, que lo que ocurre es solamente que le falta el don de discutir con claridad; mientras que la culpa reside más bien precisamente en la *cosa misma* (hay cosas que no son fáciles). Pues donde el contenido es *en sí* mismo incomprensible y confuso, en tal caso ningún arte para exponer las cosas podría hacerlo comprensible. En primer lugar, se debería preocupar uno por la comprensibilidad del asunto mismo y luego se daría por sí misma la comprensibilidad de la exposición.

Lo verdadero no es de tal naturaleza que pueda encontrarse solamente con esfuerzos innaturales o que tenga que ser expresado con palabras y fórmulas innaturales. La mayor parte de la gente echa a perder su primer encuentro con la filosofía a causa de la tensión innatural que ponen por creer que esta es la postura justa de entrar en contacto con ella. A muchos les ha ocurrido con la filosofía algo semejante a lo acaecido a algunos hombres que estaban ya acostumbrados <sup>[19]</sup> a convivir exclusivamente con personas de su mismo sentir y pensar y cuando luego tienen que tratar con personas de nivel más elevado o comparecer ante uno de los llamados grandes de este mundo, se comportan de manera inadecuada, torpe e innatural.

Realmente se cree (de modo cursi) que a la esencia de la filosofía pertenece un modo tal de comportarse, que en última instancia se juzga el nivel de dominio científico por el grado de revueltas y contorsiones innaturales en el que una filosofía cae. Sin embargo, por el contrario, es necesario que todos se persuadan de que todo lo que hay que expresar solamente de modo complicado y oscuro, por ello mismo ya no puede ser lo verdadero y justo. Un antiguo dice: *lo verdadero es fácil*. No quiere ello decir que nos venga al encuentro sin esfuerzo alguno por nuestra parte, puesto que precisamente encontrar esto fácil y sencillo es lo más difícil y muchos resultan incomprensibles precisamente por no haber encontrado esta simplicidad. La mayoría cree que lo verdadero, para ser tal, debe ser difícil; pero cuando lo verdadero es encontrado resulta que tiene siempre en sí algo del huevo de Colón. Una obra de arte perfecta, un cuadro de Rafael, se presentan como algo realizado sin fatiga, como si hubiera surgido espontáneamente y todos piensan que el cuadro no podría ser de otra manera; pero sólo el artista sabe cuánto debió arrojar para lograr este punto de claridad luminosa y de comprensibilidad.

La diferencia entre el mero amanuense y el verdadero artista consiste en el hecho de que el primero se queda bloqueado justamente en el umbral del arte y de la ciencia sin entrar propiamente nunca en ellas, mientras que el segundo, habiendo penetrado y yendo más allá, llega a la libertad y se desenvuelve con dominio en un arte libre.

Ármense ustedes de valor para la filosofía; la filosofía no tiene nada que ver con algo que fuera una carga o un yugo pesado impuesto sobre el espíritu humano; su carga debe ser ligera y su yugo suave. Platón no se crucifica a sí mismo, como algunos filósofos actuales; de él se puede decir lo que se dijo de Orfeo, que sólo con los sencillos sonidos de su

música logró mover rocas y fue capaz de domesticar con la filosofía los monstruos más salvajes.

Así, pues, el esfuerzo primero debe ponerse en favor de la inteligibilidad *objetiva* y de la claridad del asunto mismo; ya que la inteligibilidad subjetiva admite muchos grados diferentes y si lo verdadero sólo puede ser aquello <sup>[20]</sup> que es comprensible en sí mismo, no se sigue de ahí lo contrario, que lo inteligible por el mero hecho de serlo sea lo verdadero.

Lo banal y cotidiano es evidentemente lo inteligible para todos; y en la filosofía se da una inteligibilidad que, por el contrario, a los principiantes y precisamente a las cabezas mejores los lleva al desconcierto. Yo sé por ejemplo de uno a quien un maestro bien intencionado, cuando creyó llegado el tiempo de hacerle ocuparse de filosofía, le puso entre las manos una obra importante de la filosofía popular del tiempo, la lógica y metafísica de Feder. Tal libro lo sumió en el más profundo pesar, porque creía no comprenderlo, ya que lo que entendía le parecía demasiado banal para poder ser el contenido verdadero del libro; y así, a causa de la excesiva claridad del libro, acabó renunciando a comprender jamás algo de filosofía. Pero cuando más tarde el mismo maestro le puso en las manos los aforismos de Leibniz, conocidos bajo el nombre de *Theses in gratiam principis Eugenii*, (*Escritos para el ilustre duque Eugenio de Savoya*) y que contienen los fundamentos de la *Monadología*, aquella misma persona se armó nuevamente de valor y pensó que tal vez era realmente posible comprender algo de filosofía. Es cierto que no se puede determinar un nivel general de inteligibilidad al que todos tengan acceso; y quienes llegan a tratar la filosofía de manera forzada son precisamente los que luego encuentran difícil lo sencillo y lo no enredado. Es como si uno estuviera a lo largo del día caminando en el interior de una rueda giratoria y al atardecer ya no sabe adaptarse al movimiento habitual y natural. A un individuo así deshabituado habría que tratarlo como Sócrates a los alumnos que le llegaban de la escuela de los sofistas y a los que él, con preguntas sencillas, quitándoles humos de la cabeza, trataba de habituarlos de nuevo a lo sencillo y sano. Pero en el planteamiento de nuestras instituciones universitarias no hay nadie que se preocupe hasta ahora de un tratamiento semejante.

Una vez preguntaron al conocido filósofo Antístenes, uno de los más importantes de la escuela cínica, qué era necesario para poder frecuentar sus lecciones. El filósofo respondió al alumno que preguntaba: que era

necesario un un *librito nuevo* (probablemente para copiar), un *estilete nuevo* y una *tablilla nueva* (probablemente para transcribir); así habría que entender tales palabras; y el estudiante, si nos lo imaginamos como aquél del Fausto, pudo quedar por el momento feliz de oír de boca del filósofo reflejada su propia opinión de que para la comprensión de una disertación filosófica era necesario solamente un nuevo estilete y una tablilla nueva. Pero el serio cínico era un pícaro como Mefistófeles y, a pesar de no ser francés, era un experto en hacer *calembours*; pues si se toma la palabra “nuevo) *kainou* como dos palabras *kai nou*, entonces estaba diciendo al estudiante: que necesitaba un librito e inteligencia, un estilete e inteligencia, una tablilla e inteligencia y por lo tanto, en el fondo, <sup>[23]</sup> solamente inteligencia y que todo lo demás no tenía importancia alguna; que lo principal es el propio pensamiento espontáneo, la propia inteligencia, que es lo que uno debe usar.

Es el mismo asunto que el del célebre general Montecuculi, el cual respondió al emperador que le preguntaba sobre qué era lo necesario para la guerra: “Ante todo son necesarias tres clases de cosas, primero dinero, segundo dinero, tercero dinero”. El mismo Antístenes respondió a un alumno que se lamentaba de haber perdido los cuadernos de sus lecciones: debías haberlas escrito en tu espíritu, no en hojas.

Se tendría la transcripción más provechosa si se anotaran, selectiva y críticamente, sólo los puntos más esenciales y los puntos de conexión, los miembros de unión de toda la investigación y luego se intentase, siguiendo estos apuntes, reelaborar el todo; lo cual es posible llevar a cabo sólo si queda un día libre después de cada lección. (Me he dado cuenta de que con esta estructuración de las lecciones se aprovecha más que con lecciones que se siguen ininterrumpidamente y que no dan lugar a asimilar todo lo que se ha oído). Si alguien intenta reproducir para sí mismo de esta manera la disertación entera, ésta se convierte en algo nacido desde dentro de uno mismo; y este esfuerzo es además ventajoso para lograr una comprensión más crítica y penetrante de la disertación. Así, cada uno va aprendiendo a prestar atención a lo que en el desarrollo progresivo posibilita la síntesis del conjunto y en lo que son los pilares de la investigación emprendida. Mejor aún, si varios hacen esto mismo en colaboración, el uno ayuda al otro, lo complementa y así en un trabajo de colaboración es reproducido de nuevo todo el conjunto. De este modo, el todo se hará vivo de nuevo en cada uno y el contenido logrado a través de una fatiga común, profundizado en la conversación común, se convertirá

a la vez en el lazo de unión de una verdadera amistad espiritual. Este es en efecto el atractivo mayor de la vida académica o, por lo menos, este debiera ser: ese estar junto con otros, con los que uno permanece unido por un fin común; pues es el caso que los hombres, al correr de la vida, difícilmente estarán ya tan unidos.

*La juventud filosófica y el espíritu universitario.*- Las cosas van bien en una universidad sólo si muchos, si al menos <sup>[24]</sup> todos los mejores y los más dotados están de acuerdo sobre aquello que en la ciencia es ante todo digno de búsqueda y de interés, de manea que se forme una especie de *espíritu común científico* y ante todo se forma una *juventud llena de carácter*, que no se tambalee en la incertidumbre, sino que se aleje con decisión de lo vulgar, en cualquier forma que ello se presente. La juventud se adhiere a lo justo, a lo que ella reconoce como tal y tiene miedo de que se pierda en el vacío su mejor sentimiento. El mayor talento se hace noble asimismo sólo por su carácter; pero un carácter se va formando sólo en la lucha y defensa, en el esfuerzo común, ante todo, por lograr una meta. Precisamente este mutuo *animarse y entusiasmarse de unos a otros por la ciencia es la verdadera raíz de la vida académica* y sin ello toda otra alegría, en tal convivencia, se hace pronto insípida.

Si la vida académica alemana se mantiene todavía en el recuerdo de muchos como un valor permanente, si el rostro de los más ancianos todavía se ilumina con el recuerdo de la universidad y de la vida allí transcurrida, ello no ocurre ciertamente por el recuerdo de diversiones sensuales, sino de modo particular por la conciencia, ligada a aquel recuerdo, de un *esfuerzo común, recio, por una formación espiritual y por una ciencia más elevada*. No ha gozado de la vida académica aquel para quien ésta no transcurrió en ligazón íntima con compañeros de igual sentir, en común esfuerzo por encontrar convicciones y luz en los asuntos supremos de la vida.

Es propio también de una juventud noble, después de un alegre bullicio a la luz del sol y sin preocupaciones ni pensamientos serios –a lo que en cierto modo tiene derecho– el buscar también las insondables sombras de lo serio y es esencial que en este asunto serio, sobre su especie y objeto, no se equivoque. No es amigo real de la juventud quien trata de llenarla de la tensión y preocupación del discurrir mundano <sup>[25]</sup> o de la marcha de la gestión política del Estado, mientras que la juventud debe adquirir la fuerza de sentimientos y convicciones que la guíen.

*La libertad de pensar y de enseñar.* - Igualmente la mayor parte de las veces es sólo un abuso para fines extraños y una torpeza utilizar a la juventud, como se dice, para *manifestaciones en favor de la libertad de pensamiento y enseñanza*. Digo que es un abuso para fines extraños, puesto que uno puede quedar perplejo, al constatar cómo precisamente aquellos que hablan constantemente de la libertad de pensamiento están dispuestos a conceder sólo tal libertad de pensamiento que pretenden a las *propias convicciones del momento*, mientras que ellos mismos se creen con derecho a acosar con todos los medios de que disponen los puntos de vista que son diferentes u opuestos a los suyos. Y por lo que se refiere a la *libertad de enseñanza*, uno ve cómo quienes hablan de ella encuentran tan normal que uno se deje colocar en un puesto y nutrir por una iglesia cuyos fundamentos él secretamente trata de minar en sus disertaciones y, sin embargo, no admiten una libertad ilimitada de enseñanza, ya que por ejemplo, estarían difícilmente dispuestos a permitir apelar a la libertad de enseñanza a un profesor de teología en una facultad protestante, el cual con inteligencia y entusiasmo, como sería perfectamente posible, pretendiera sostener la necesidad de un jefe visible en la iglesia, de un juez superior e infalible en las cosas de fe, u otros principios de la iglesia romana.

Que el pensamiento y la investigación, que la ciencia y también la enseñanza (al menos dentro de los límites de lo conveniente y decente) deben ser libres se comprende ya tan perfectamente por sí mismo, que tales lugares comunes pueden tener solamente el fin de dar a *entender*, sin correr riesgos, que la libertad de pensamiento y de enseñanza están en peligro aquí o allá y, así, a poco costo conquistar fama de especial sinceridad y coraje. Indudablemente es preciso también entusiasmar a la juventud por el bien tan estimable y a tan alto precio; pero se la debe entusiasmar solo a fin de que se esfuerce con empeño mayor por conquistar la capacidad espiritual y científica necesaria para hacer digno uso <sup>[26]</sup> de esta libertad y para realizar aquello por lo que valió la pena conquistarla; pues para lo cotidiano y trivial no se necesita libertad de pensamiento.

Por otra parte, es preciso ser ecuanímenes y conceder a los poderes públicos la posibilidad de no quedar del todo indiferentes frente a los resultados del pensamiento y en concreto al menos de la filosofía.

*Primacía universitaria de la metafísica.*- Pues si alguna vez pudiera ocurrir que prevaleciera una doctrina según la cual lo mejor y más inteligente para los hombres fuera simplemente el comer y el beber y cosas por el estilo, –es decir una doctrina según la cual sería absolutamente rechazado de las convicciones humanas lo metafísico–, si fuera posible alguna vez que una tal doctrina prevaleciese (lo que yo sin embargo creo tan imposible como que la especie animal de los monos se apodere y domine sobre la especie humana y que los hombres desaparezcan para siempre de la superficie de la tierra y que los monos se conviertan así en amos del mundo) si se supone que una tal doctrina llegara a prevalecer, entonces el Estado <sup>[27]</sup> no podría hacer más que esperar con ciega resignación su *ocaso*, como asistiendo a él con brazos caídos.

Si alguna vez se pudiera quitar del Estado y de la vida pública todo lo que en ella hay de metafísico, estas realidades se derrumbarían de la misma manera. Verdadera metafísica es el honor, es la virtud; verdadera metafísica no es solamente la religión, sino también el respeto de la ley y el amor a la patria.

¿Cuál sería el fin y el resultado de una filosofía como la que antes hemos descrito, si es que una cosa de tal género se puede llamar filosofía? Esta es la respuesta: la moral de Fallstaff en el célebre monólogo antes de la batalla:

“El honor me impulsa a marchar hacia adelante. Sí, pero si el honor, haciéndome ir hacia adelante, me empuja a la muerte, ¿entonces qué? ¿El honor puede devolverme una pierna perdida? No. ¿O un brazo? No. ¿O hacer desaparecer el dolor de una herida? No. ¿Entiende el honor de cirugía? No. ¿Qué es el honor? Una palabra ¿Qué es una palabra?. Aire. Por lo tanto el honor es aire. ¿Quién lo tiene? El que ha muerto en el combate. ¿Pero este lo palpa? No. ¿Lo siente? No. No es pues sensible. Para el que ha muerto no lo es. Pero ¿acaso vive el honor con el que sobrevive? No. ¿Por qué no? La calumnia no lo permite. Entonces yo no lo deseo. Honor es sólo una piedra sepulcral, y así termina mi catecismo”.

Con esta moral de Fallstaff debería acabar también el catecismo de aquella doctrina, si todo elemento metafísico fuera barrido del mundo y de la fe del hombre. Ni con la matemática, con la física, con la historia natural (y yo respeto altamente estas ciencias), ni con la poesía o con el arte mismo se pueden gobernar las cosas humanas. La verdadera comprensión del mundo la da sólo <sup>[28]</sup> la correcta metafísica y

precisamente por ello ha sido siempre denominada la reina de las ciencias.

Precisamente por lo que algunos *reniegan de las universidades*, por el motivo de mantener a los jóvenes en situación de excesiva abstracción frente al mundo –como si estos realmente no tuvieran necesidad de ello, de que se les garantice en forma serena y sin turbaciones el desarrollo y la formación de sus capacidades espirituales– precisamente por esto nuestras universidades son instituciones serias, preciosas y dignas de gloria. En las horas sanas de esta edad feliz se toman las grandes decisiones y son concebidas las ideas que luego se han de convertir en realidad: aquí cada uno debe llegar a conocer cuál es la misión de su vida.

Que nadie crea que más adelante van a brotar en él cosas de las que no haya puesto aquí los fundamentos o que le pueda ser posible llevar a cabo con éxito una obra que él quisiera que fuese la obra de su vida sin haberse ya aquí confrontado con ella, al menos como presentimiento, en el fondo de su alma. Los sueños mismos de la juventud –aunque se queden en sueños– no carecen de significado, si hacen a uno en la vida posterior impermeable a lo vulgar, si se les puede aplicar lo que Schiller hace decir al infeliz don Carlos:

*La relación universitaria entre maestro y discípulo.*- Esto podría pues valer también para el futuro de *ustedes*. No se extrañen si en este semestre les hablo en tono más personal que en el anterior; ello se debe al hecho de que se ha decidido ya mi permanencia aquí. Por ello he asumido el deber de ser para ustedes no sólo un maestro, sino también amigo y consejero en lo que pueda: mi vocación a ello tiene su origen tanto en la ciencia que yo enseño, la única que abarca todo el hombre desde sus fundamentos, la filosofía, como en el hecho de que yo, aunque los años me hayan podido <sup>[29]</sup> alejar de ustedes, sin embargo en algún tiempo sentí lo mismo que ahora ustedes sienten e incluso ahora no he perdido la capacidad de sentir como se siente en los años de ustedes.

Si el planteamiento de las relaciones sociales, en el ámbito de las cuales se da la ciencia entre nosotros, no permite al maestro impartir su enseñanza a la manera de los antiguos filósofos, si la relación maestro-discípulo ya no puede ser, al menos en general, una relación de vida, como en tiempos de Sócrates y Platón, quisiera uno al menos intentar acercarse en lo posible a tal modelo de relación, preocupándose de que la

compenetración entre maestro y discípulo no sea unilateral, sino recíproca. Nadie pone en duda que es ventajoso para el oyente si puede expresar su opinión ante el maestro, si puede exponerle sus dudas, urgir aclaraciones sobre lo que pudo quedar oscuro y, por medio de preguntas, asegurarse de si ha comprendido –y en qué medida lo ha logrado– el sentido que el maestro pretendía expresar. Incluso para el maestro mejor intencionado y escrupuloso no puede serle indiferente saber si ha sido bien comprendido; más aún, él puede ir adelante con tranquilidad en su exposición solamente si puede estar persuadido de que lo que precede, de lo cual depende lo que sigue, ha sido correctamente comprendido.

No es raro que el maestro caiga en la cuenta por primera vez, mientras dialoga con sus oyentes, de algún equívoco, en el que hasta ahora no había pensado (pues, ¿quién es capaz de pensar en todos los posibles equívocos?) y probablemente puede con una palabra deshacer un error que hubiera producido oscuridad y desconcierto en el desarrollo siguiente. Semejante comunicación mutua la he tratado yo de hacer posible otras veces por medio de un diálogo unido a las lecciones, donde cada uno pudiera hacer sus preguntas, exponer sus dudas y repetir sintéticamente lo que se ha escuchado para poder consolidarlo, rectificarlo si era el caso, o completarlo. Tal vez en las lecciones sucesivas se pueda organizar aquí también algo parecido. Entre tanto podríamos hacer como en el invierno pasado; todo aquel que le ha quedado algo dudoso u oscuro y que se vea incapaz de resolver sus dudas por sí mismo se puede dirigir a mí por escrito en una hoja firmada, bien dejándola <sup>[30]</sup> en la cátedra o enviándola a mi casa.

Como es natural, puede hablarse de interrogantes, dificultades y objeciones sólo si un tema ha sido antes convenientemente expuesto, si el maestro se ha expresado antes plenamente sobre él. Hay algunos que, sin educación alguna, apenas oyen algo que antes jamás habían escuchado, se sienten urgidos por el prurito de comenzar a objetar. Ciertamente es naturalmente que no quiero provocar algo por el estilo, pero estoy al mismo tiempo convencido de que no deberé preocuparme de cosas de este género.

*Formación de la juventud por las lecturas filosóficas.*- He ido enumerando los diferentes medios subsidiarios de la disertación oral, manuales, apuntes, mutuo intercambio entre maestro y discípulo. Ahora quiero mencionar todavía otro, que en determinadas circunstancias puede

ser uno de los medios auxiliares más importantes en el estudio de toda ciencia, incluso claro está para la comprensión de una disertación filosófica: me refiero a la *lectura*, al estudio de las obras maestras y fundamentales, que en toda ciencia han sido ya escritas y señalan un momento significativo en su progreso y formación.

Hablando de obras *capitales*, sugerí ya de paso suficientemente que no considero provechoso para los estudios científicos las lecturas del día o de moda; mucho menos todavía naturalmente las retahílas del día, que hoy se oyen y mañana se olvidan sin dejar rastro <sup>[31]</sup> en nuestro interior.

Pero incluso entre obras por otra parte serias y científicas existe todavía una diferencia: no todas han brotado del mismo modo de las fuentes, no todas son igualmente originales. Si uno no se ve obligado a recurrir a estas fuentes secundarias para la comprensión de las que son absolutamente más elevadas, hará bien en ocuparse exclusivamente de las originales y dedicar a ellas todo el tiempo y esfuerzo posibles. Un sólo diálogo de Platón, por ejemplo el Sofista o el Filebo, si se agota en toda su profundidad y hasta el límite, comportará a cualquiera seguramente resultados más relevantes que un ejército entero de comentarios. De las obras auténticamente originales siempre nos viene al encuentro un espíritu realmente original y vivificador, el cual estimula con fuerza nuestras propias capacidades productivas, mientras que con las demás obras siguen adormecidas.

Incluso desde el punto de vista moral no es en absoluto indiferente lo que uno lee. En la vida no siempre depende de nosotros la decisión sobre a quien queremos dar paso a nuestro interior. Por ello habría que preocuparse muy concretamente de las lecturas, para habituarse ya pronto a lo que es eterno, permanente y duradero y aprender a despreciar lo que es sólo de ayer y que mañana ya no ha de existir. Debiendo ahora indicar lo que ante todo es recomendable en relación a las disertaciones que seguirán o para el estudio de la filosofía en general, me resultará inevitable precisar lo siguiente.

*El papel especial de la filosofía crítica. Volver a Kant.*- Todavía hoy, desde el gran movimiento aportado por Kant, se debe afrontar constantemente no esta o aquella filosofía, sino la filosofía misma, como la crítica kantiana la afrontó. *De capite dimicatur*, se trata del asunto fundamental; está en juego, pues, la filosofía misma. Tiene que ser seguramente desagradable para quienes tal vez pudieron creer

garantizado por unas circunstancias eventuales que hubiera llegado el tiempo en que era posible entronizar su vaciedad, la negación absoluta de toda metafísica en la ciencia y en la humanidad; debe ser para tales personas muy desagradable escuchar <sup>[32]</sup> que hay que volver una vez más a buscar los fundamentos y, para expresarnos históricamente, volver a Kant.

Por eso se esforzarán al máximo para levantar la sospecha en torno a tal empresa, ya que no pueden impedirla y tratarán de hacer ver, por ejemplo, que con ella se trata meramente de religión, que la lucha es de tipo religioso, que se quiere sólo restaurar la religión en sentido antiguo, particularmente la religión positiva, etc., porque con ello se cree ya desacreditar de una vez por todas aquel esfuerzo. Pero las cosas no son así. Se trata, y muy seriamente, una vez más –aunque sea la última– del significado de la filosofía misma.

En el punto de partida, por tanto, no admitimos absolutamente ninguna filosofía, ni una filosofía religiosa, ni una que se vanaglorie de ser irreligiosa. Por ahora en ambas cuestiones dejamos la cuestión abierta, pues sobre lo que es derivado no se puede razonar, antes de estar seguros en los puntos fundamentales: aquí en concreto sobre la filosofía misma.